



Capítulo I

Lo temporal y lo eterno

La soberbia, la arrogancia y el egocentrismo han llevado a muchos a pensar que son autosuficientes y que son ellos quienes determinan sus vidas y establecen sus leyes. Es decir, éstos se han auto-declarado dios, amo y señor de su universo, dejando de lado a Aquél que les formó y creó con propósito. Muchos se sienten poderosos e indestructibles y viven como si nunca fueran a rendir cuenta de sus actos y a recibir la debida retribución a su manera de pensar y actuar. Sin embargo, en esta vida se presentan situaciones que nos llevan a reconocer la realidad de nuestra condición temporal y a recordar la increíble fragilidad de nuestros cuerpos mortales. Una de ella es la muerte.

La realidad de la muerte

Eclesiastés 7:2 declara que *“Es mejor estar en la casa de luto que en la casa de banquete, porque allí hay reflexión y el hombre entiende que este es el fin de todos los hombres”*. Vivimos en un mundo vertiginoso, donde las necesidades diarias, la vanidad de los ojos y el tirano tiempo no permiten que nos sentemos a reflexionar acerca de quiénes somos, cuáles deberían ser nuestras prioridades y en qué deberíamos invertir nuestro tiempo y dinero. Por consiguiente, son estas experiencias de separación física las que, aunque dolorosas, nos recuerdan que todo es pasajero, que no somos tan fuertes y autosuficientes como pensábamos y que por más que nos afanemos no podemos añadir ni siquiera un día a nuestras vidas.

Esos momentos de luto nos llevan a admitir, aunque sea por instantes, que no vale la pena perder tanto tiempo en angustias, peleas y disensiones; que lo verdaderamente importante es amar, abrazar, sonreír y gozar de todo lo que Dios nos ha regalado. Que, aunque pasemos pruebas y tribulaciones, el sol

sigue saliendo para todos y la misericordia de Dios se extiende sobre la faz de la tierra.

En nuestra trayectoria como ministros del Señor, hemos tenido la oportunidad de compartir con innumerables familias en esos momentos de dolor y de ausencia. Hemos observado como muchos se lamentan por los abrazos que no se dieron, las expresiones de amor que se negaron, el perdón que no se otorgó y el tiempo que se perdió en vanas palabras y discusiones infructuosas. Por otro lado, también hemos contemplado con satisfacción, el contentamiento y la paz de quienes se dieron el permiso amar y besar al ser querido. Aquellos que, a pesar de lo vivido, han podido perdonar y dejar atrás el pasado, liberando a otros y liberándose a ellos mismos de la agonía perenne que los mantenía cautivos en la cárcel de la amargura.

Estimados, reconozco que en esta vida se atraviesan duras experiencias que dificultan olvidar, perdonar y seguir adelante. Vivencias que solo Dios puede comprender y que, tan solo al evocarlas, nos llevan a revivir la congoja que se experimentó en un pasado. Por este motivo, no quiero ser ligero al hablar de este tema. Sin embargo, quiero recalcar que el perdonar sí es posible, porque “...*el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado*” **Romanos 5:5**. Y ese amor es el que cubre multitud de faltas y tal como lo dice **1 Corintios 13:7** el amor “*Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta*”. El perdón olvida y nos impulsa a avanzar. Cuando perdonamos, liberamos, y, el primero en ser libre, es quien perdona.

No esperemos que estos tipos de eventos tristes nos sorprendan. Antes, tomemos las decisiones que se deben y vivamos aquello para lo cual Dios nos ha creado. Atrevámonos a soñar, a creer y conquistar. Se dice que la mayor cantidad de sueños y proyectos se encuentran unos cuantos metros bajo tierra, sepultados juntamente con aquellos que no creyeron o cuyo temor les paralizó por completo. Pero estoy convencido de que esa no tiene que ser nuestra experiencia.

Glorifiquemos a Dios no solo con nuestros labios, diciendo “Gloria a Dios”, sino hagámoslo también con nuestras vidas. Es necesario hacer tanto lo uno

como lo otro. En su oración por los discípulos, Jesús dijo: *“Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese”* **Juan 17:4**. La manera de glorificar a Dios es cumpliendo aquello que nos ha encomendado, haciendo su voluntad que es nuestra santificación y el servicio a otros.

Amados, procuremos vivir de tal manera que nuestros días de vejez sean llenos del contentamiento y la dicha de haber vivido una vida plena en el Señor y cumplido con nuestro propósito. Que nuestra partida de este mundo sea similar a las de esos grandes personajes como Job, Moisés y Abraham, quienes murieron llenos de años, colmados de días, en buena vejez y con sus ojos iluminados por el gozo del Altísimo.

Según el versículo diez del salmo noventa, Dios puso límite a la vida del hombre y en promedio ésta llega hasta setenta años y los más fuertes y robustos hasta ochenta que, comparados con una eternidad, representan solo un punto en una recta infinita. Luego de esto, todos volamos. La realidad es que la vejez y la muerte son simplemente naturales e inevitables, por nuestra condición mortal.

Por su parte Job afirmó que el hombre *“Sale como una flor y es cortado, Y huye como la sombra y no permanece... Ciertamente sus días están determinados, Y el número de sus meses está cerca de ti; Le pusiste límites, de los cuales no pasará”* **Job 14:2,5**.

Nuestra existencia es como la de una flor del campo que brota en su tiempo, florece y luego se marchita. Es como la neblina pasajera y lo efímero de un hermoso atardecer. En consecuencia, nuestra visión espiritual debe ensancharse para que podamos diferenciar lo temporal de lo eterno, lo visible de lo invisible. Recordemos lo que Pablo aconsejó: *“no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”* **2 Corintios 4:18**. De esta forma, expandiendo nuestra visión espiritual, observaremos la vida desde una más alta y mejor perspectiva, la cual nos ayudará a poner en orden nuestras prioridades y encauzar nuestro esfuerzo hacia aquello que nos ofrece una paz verdadera y riqueza perpetua.

En una oportunidad, Jesús se lamentó sobre Jerusalén diciendo: “... *¡Si tú también hubieras sabido en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está oculto a tus ojos*” **Lucas 19:42**. Hay comentarios y acciones que se deben evitar ya que sabemos que lejos de contribuir a mantener una esfera de paz van a crear y fomentar un ambiente de hostilidad, cólera y guerra. Está en nosotros el determinarnos a seguir aquello que contribuye a la paz, al gozo y al reposo. No seamos piedra de tropiezo para los demás; al contrario, tal como lo enuncian las Escrituras, en lo que dependa de nosotros, debemos estar en paz con todos.

Ahora bien, según **Eclesiastés 3:11**, Dios puso eternidad en los corazones de los hombres. En consecuencia, éstos entienden, casi instintivamente, que existe algo más allá de esta vida y que este mundo material no lo es todo. Esto es completamente verificable a través de la observación de las diferentes culturas a lo largo de la historia, donde las personas acostumbraban enterrar a sus difuntos con sus bienes materiales, con la esperanza de que pudieran gozar de ellos en una vida venidera. Cada cultura manifiesta este sentimiento de diferente manera, pero está claro que en el corazón del ser humano está impreso el concepto de eternidad.

Conociendo entonces que existe una eternidad ¿Cómo podríamos definir y entender la palabra “muerte”? La muerte consiste en la separación de nuestras almas y espíritus de nuestros cuerpos mortales. El cuerpo vuelve a la tierra de donde fue tomado, “*pues polvo eres, y al polvo volverás*” **Génesis 3:19** y “*el espíritu vuelva a Dios que lo dio*” **Eclesiastés 12:7**.

El término muerte en las Escrituras no se refiere a una eliminación, exterminio o inexistencia, como a muchos nos parece, sino que habla de una separación. La Biblia menciona diferentes tipos de muerte, entre ellas, la física y la espiritual. La primera, como ya indicamos, es la separación del alma y del espíritu del cuerpo. La segunda, es vivir separados y alejados de Dios, en aparente independencia de Él y bajo la ley del pecado. Una vez que Adán y Eva pecaron la muerte entró en ellos, y ésta se ha extendido a todos los hombres de generación en generación hasta nuestros días. Es por eso que la condición espiritual del hombre sin Dios, de aquél que no le ha conocido

como Señor y Salvador, es de muerte y de separación, alejados de Dios e insensibles en el alma ante Su presencia.

Pablo afirmó que el hombre sin Dios está muerto en delitos y pecados (**Efesios 2:5**). No obstante, también aseveró que, así como entró el pecado y la muerte al mundo por un hombre, la gracia y la vida eterna también entraron por otro, por medio del Hijo, Jesucristo, Éste es el verdadero Dios y la Vida eterna. *“Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, Y levántate de los muertos, Y te alumbrará Cristo”* **Efesios 5:14**.

En el libro de las revelaciones también nos habla de otro tipo de muerte, “la muerte segunda”. Ésta es descrita como un lago de fuego reservado para Satanás y sus ángeles. En él serán lanzados el anticristo, el falso profeta, la muerte, el hades y también todos aquellos hombres cuyos nombres no estén inscritos en el libro de la vida (**Apocalipsis 20**).

Amigos, quisiera aclarar que no pretendo mostrar dureza o insensibilidad ante la realidad de la muerte. Existe una falsa creencia de que los hijos de Dios no podemos llorar o contristarnos ante la partida física de un ser querido. Tal vez nos han llevado a pensar que si así lo hacemos, sería una manifestación de debilidad o falta de fe. Por el contrario, la Palabra nos insta a que nos alegremos con los que están alegres y lloremos con los que lloran (**Romanos 12:15**). Jesús Mismo lloró ante la muerte de su amigo Lázaro y, a pesar de que Él sabía que iba a resucitar, se estremeció en espíritu y se entristeció al ver a María y a los judíos que la acompañaban llorando (**Juan 11:28-33**). Lo cierto es que Dios piensa en nosotros y nos comprende incluso en los momentos en que nadie más puede hacerlo.

Es completamente normal que nos entristezcamos y guardemos luto. Lo importante es que esa pena no nos paralice y que la tristeza no sea desmedida, a tal grado, que nos destruya. El luto tiene su tiempo, el recuerdo siempre estará presente, pero debemos avanzar.

Dios nos comprende y no es indolente ante nuestro dolor. Él nos ha dado las lágrimas como un mecanismo natural para que drenemos todo el pesar que hay en nuestros corazones. Claro está, nuestra tristeza no debe ser como las de aquellos que deambulan por el mundo sin esperanza, ya que tenemos a un

Señor grande y poderoso que nos ha dado grandes promesas de redención y vida eterna. Pablo dijo:

"Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él" 1 Tesalonicenses 4:13-14.

Son este tipo de promesas las que nos sostienen y nos dan una paz verdadera. Y son también estas palabras las que han hecho posible que muchos cristianos, durante los últimos dos mil años, hayan marchado a su ejecución con la plena certeza de que pronto se encontrarían con su amado redentor. Si creemos y aguardamos en el Señor, no debemos temer a la muerte, más bien guardemos la esperanza, con toda fe y certidumbre, de que en nada seremos avergonzados. *"Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; Él nos guiará aún más allá de la muerte" Salmos 48:14.*

El tabernáculo

Los apóstoles Pablo, Pedro y Juan, solo por citar unos cuantos de ellos, conocían con claridad acerca de lo transitorio de la vida y de lo corruptible del cuerpo. Ellos compararon a este cuerpo físico con un tabernáculo.

El término Tabernáculo proviene del hebreo **"Mishkán"** y significa **"Morada"**. En la antigüedad el tabernáculo era el santuario que Dios mandó que se erigiera para que Él pudiera habitar en medio de su pueblo, mientras que éste se desplazaba por el desierto rumbo a la tierra prometida. Era el lugar que el Señor santificaba con Su gloria y allí se reunía con los hijos de Israel (**Éxodo 29:43**). Este templo era completamente transportable y su diseño estaba orientado a un pueblo peregrino.

Un tabernáculo es algo similar a una tienda de campaña o una carpa. Una carpa es algo ligero, portátil, que puede ser trasladado de un lugar a otro con facilidad, pero que al mismo tiempo es endeble y se estropea rápidamente. La carpa es el albergue perfecto para que los nómadas puedan desplazarse ligeramente de un lado a otro y habiten en ella por un tiempo determinado. El cuerpo físico es eso, un tabernáculo, un recipiente, un vehículo. Es una habitación cuya condición temporal contrasta con lo eterno de nuestra morada

celestial. Esta aseveración es completamente verificable en la segunda epístola a los corintios, donde el apóstol Pablo afirmó:

“Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos”. **2 Corintios 5:1.**

El apóstol Pedro también tenía la completa convicción de que este cuerpo era solamente una residencia transitoria. En su momento llegó a declarar: *“Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación; sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado”* **2 Pedro 1:14.** La palabra usada para referirse a su cuerpo fue la palabra griega **“skénóma”** que significa tabernáculo o carpa. El reconocía que su existencia trascendía a su cuerpo y además que a éste lo iba a abandonar de un momento a otro. El tono del discurso nos habla de un Pedro lleno de certeza, que pudo decir, con pasmosa naturalidad, que el Señor le había anunciado que sus días sobre la tierra ya estaban contados. Tal vez él pudo comprender algo que todavía nosotros no hemos podido, pero que estamos a punto de hacerlo.

Jesús declaró en **Mateo 6:25 (LBLA)** *“...no os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis; ni por vuestro cuerpo, qué vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que la ropa?”* De esta interrogante podemos extraer dos ideas muy interesantes. La primera es que la vida es más que el alimento. Le podemos proveer a un cuerpo agonizante toda la comida, las proteínas y las medicinas del mundo, pero esto no va a determinar si éste permanece con vida o no. El alimento no es lo que realmente nos sustenta, es el aliento o soplo de vida, que Dios puso en nosotros, el que lo hace. La segunda idea a destacar es que el cuerpo es más que la vestimenta. Lo que realmente nos viste es nuestro cuerpo, que es nuestro tabernáculo. La ropa es solo algo suplementario que a su vez reviste y protege a nuestros cuerpos mortales.

Ahora bien, me llena de profundo placer y emoción el hablar acerca del grandioso y perfecto tabernáculo. Dios se hizo carne y se manifestó a los hombres en la persona de Jesús. Este es el misterio de la piedad del cual habló

Pablo en **1 Timoteo 3:16**. Jesús es la Palabra viviente y la Luz que alumbra a todos los hombres que se “tabernaculizó”. Él es **Emanuel**, que significa Dios con nosotros.

En el evangelio de Juan capítulo 1 verso 14, el apóstol dijo que “*aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros...*” El término que usó proviene vocablo griego “**skénoó**” que quiere decir que habitó como en una tienda de campaña o se “tabernaculizó”. En otras palabras, el verbo que estaba con Dios y que era Dios se manifestó de manera corpórea. El apóstol lo ratificó declarando que ellos pudieron tocar, palpar y ver con sus propios ojos a ese verbo de vida (**1 Juan 1:1**). Me impacta grandemente el saber que ahora nosotros podemos también tocar a ese verbo, pero a través del Espíritu.

Dios nos ha dado el Espíritu Santo para que haga morada en nosotros. Él quiere habitar en el tabernáculo de nuestros corazones. Nosotros, los que creemos, somos templo y morada del Espíritu Santo (**1 Corintios 3:16**). Este es un gran tesoro depositado en vasos de barro.

El hecho de entender e internalizar, en nuestros corazones y conciencias, que el cuerpo es solo una tienda temporal y que en Dios tenemos moradas eternas, cambiará radicalmente nuestra visión de la vida y de la muerte. Ciertamente, nuestra posición ante la separación física será diferente. Sí, tendremos tristezas, pero éstas vendrán acompañadas de una profunda esperanza. Sí, habrá lágrimas, pero sabremos que el Señor mismo las secará y nos dará consuelo. Sí, habrá nostalgia y aflicción, pero la paz de Dios inundará nuestros corazones.

Por otro lado, es cierto que existen muchos temores en relación a la muerte y ellos se entienden, primeramente, porque el hombre no fue creado para morir sino para vivir eternamente, y, seguidamente, por las dudas e incertidumbres. La incertidumbre de qué hay más allá de esta vida y qué será de nuestros familiares y amigos. Esto es comprensible. Sin embargo, les insto a que confiemos en que el Señor está al control, a Él nada se le escapa. Pongamos delante de Él nuestras cargas, todo aquello que nos concierne e interesa. Él sabrá sustentarlas. Sus promesas no se limitan solamente para los